



SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

Editorial

Estas páginas que inauguramos aquí recorrerán los más diversos rincones del territorio empuñando el oficio desde el cual construir una sociedad con todas sus letras. Emprendemos la tarea arraigando la pluma al alero de ese noble árbol nativo que tantas veces ha dado tinta y tribuna a la historia de nuestra literatura.

Una nueva época se abre camino en la marcha de la Sociedad de Escritores de Chile y nos hemos impuesto como deber que el proceso creativo de poetas, cuentistas, novelistas, dramaturgos y ensayistas encuentre eco en el más abierto diálogo y eche raíces en la bella construcción de la libertad que inspira la voz de mujeres y hombres.

En cada género y subgénero, esta publicación recorrerá las hojas nuevas y las clásicas, desdibujando las fronteras, pues ellas no caben en la imaginación. Que estas columnas auspicien nuestro abrazo. Que con ellas se haga oír la opinión de los escritores a la hora de definir políticas públicas sobre arte y cultura. Que la urgencia de nuestras ideas cuaje en fuerzas vivas, como la savia.

Alcemos juntos la copa de este árbol. Brindemos por la semilla puesta en la palabra.

Cita con Nuestras Voces

LA PALABRA

Una sola será mi lucha
Y mi triunfo;
Encontrar la palabra escondida
Aquella vez de nuestro pacto secreto
A pocos días de terminar la infancia.
Debes recordar
Dónde la guardaste.
Debiste pronunciarla siquiera una vez...
Ya la habría encontrado
Pero tienes razón ese era el pacto.
Mira cómo está mi casa, desarmada.
Hoja por hoja mi casa, de pies a cabeza.
Y mi huerto, forado permanente
Y mis libros como mi huerto,
Hojeado hasta el deshilache
Sin dar con la palabra.
Se termina la búsqueda y el tiempo.
Vencida y condenada
Por no hallar la palabra que escondiste.

Stella Díaz Varín (1929-2006)



Alerce en Simpson 7



Entrevista: Poli Délano Recuerda a Juan Rulfo

¿Cuándo fue la primera vez que viste a Rulfo?

Hubo un encuentro de escritores, durante el gobierno de Frei Montalva, un encuentro internacional de escritores, que se organizó en Viña del Mar, en el Hotel O'Higgins. Y vinieron figuras importantes de la literatura latinoamericana: Mario Vargas Llosa, Leopoldo Marechal, Juan Carlos Onetti, Jorge Enrique Adoum, Mario Monteforte Toledo y Rulfo. Ahí lo conocí. Yo era de los benjamines en ese encuentro; los más chicos éramos Skármeta y yo. Bueno, yo tenía muchos deseos de conocer a Rulfo, porque ya era un escritor al que admiraba mucho, y empecé a ir a las sesiones de este encuentro en el Hotel O'Higgins, y vi que Rulfo no iba (risas), entonces me pregunté ¿dónde se meterá Rulfo? Y empecé a darme vueltas por el hotel y lo encontré en la barra del bar tomándose un cuba libre, solo; a esa hora no había nadie más, y me senté con él y nos pusimos a conversar, de México -yo había estado en México de niño, tenía muchos recuerdos, muy buenos recuerdos- de sus libros, en fin, y en general a conversar de cualquier cosa. Entonces, después ya éramos dos los que no íbamos a las reuniones (risas), porque me iba a juntar ahí con Rulfo, que se alegraba mucho cuando yo llegaba...

A él no le gustaba teorizar sobre su literatura.

No, para nada. Una vez, recuerdo, en el marco de ese encuentro, pero en Santiago, en la Sociedad de Escritores, se hizo una mesa redonda. Y fueron periodistas de varios medios para entrevistar a Rulfo, y yo recuerdo que Ariel Dorfman, que era el encargado de literatura de la revista *Ercilla* en ese tiempo, le hizo una pregunta así como ésta: "Señor Rulfo, de usted se dice que es un realista mágico, que es un realista psicológico, que es un realista social, ¿qué es usted, un realista qué?" Y Rulfo dijo: "No, yo de eso no sé nada, yo soy un mentiroso no más, un mentiroso; la mayoría de los novelistas son mentirosos". "Y ¿qué es para usted la mentira?", le preguntó alguien, no sé si el mismo Dorfman. Y respondió esto que a mí no se me ha olvidado nunca: "Lo opuesto a la falsedad". La mentira es lo opuesto a la falsedad, porque es la mentira literaria. La mentira de la ficción. En el fondo, es la verdad.

Cierto, a él siempre trataban de presionarlo con preguntas, en entrevistas, y costaba...

No teorizaba nada.

Una publicación periódica de la
Sociedad de Escritores
de Chile (SECH).

Nueva Época, Año 1, N° 1,
Julio de 2014

Claro, no iba por ahí él. ¿Crees tú que haya influido un poco esa veta de fotógrafo que tenía también, y que desarrolló dentro y fuera de sus funciones en el Instituto Nacional Indigenista, ese retrato, casi un fresco, de lo que estaba ahí?

No sé, yo tampoco soy muy buen teorizador (risas). No sé eso; pero lo que sí sé... todo el mundo dice por qué Rulfo escribió tan poco; no escribió tan poco Rulfo; estaba haciendo una novela y me parece que se iba a llamar "La Cordillera", y escribía y escribía y rompía, no la terminó nunca; pero iba a ser una novela más larga de lo que era la dimensión de sus libros. Y no sé qué es lo que le pasaba, pero un escritor que estuvo muy cerca de él, el brasileño Eric Nepomuceno, se desesperaba un poco, o sea, escribe y escribe y lo rompe todo.

Y ahí él quería meterse en el basurero...

No sé, pero en todo caso, la duda es si lo rompía porque no iba a estar a la altura de Pedro Páramo, una cosa así... Si sentía que no estaba remontando... Y puede ser, puede ser una autoexigencia. Una vez nos encontramos en la Universidad de Stanford. Yo había ido ahí a dar una charla, y él también había ido a dar una charla, en la Facultad de Letras de Stanford, donde hacía clases Fernando Alegria. Y una noche fuimos a cenar, Rulfo y yo, a la casa de Fernando Alegria. Hacía una semana que le habían dado el Premio Nobel a García Márquez, y yo le pregunté: "Bueno, Juan, ¿y a ti cuándo?". Y él dijo: "No, pues, si yo no más tengo dos libritos..." (risas).

Hay muchas cosas que se publicaron después de su muerte, ya que tú mencionabas esta producción, esta labor constante de él, y también era muy frecuente su trabajo epistolar.

Sí, de eso he leído algo, y algún cuento leí, muy bueno, que no está en *El Llano en Llamas*, que se publicó póstumamente. Y, bueno, tiene también un libro de guiones que se llama *El Gallo de Oro*.

¿Hay rasgos que te parecen distintivos de lo que él escribe, respecto de lo que en esas décadas había en el paisaje literario latinoamericano?

Estamos hablando de la década del 60, en que se estaba revelando todo esto del realismo mágico, estaba surgiendo esta publicidad que se generó en torno a varios escritores latinoamericanos muy buenos, que se llamó el Boom... y con respecto a este boom, yo llegué a la conclusión de que todos venían de Faulkner, de que era una generación faulkneriana: Faulkner fue como el médium de Joyce, pero casi todos los escritores han leído más a Faulkner que a Joyce. Por tanto, la influencia del monólogo interior, de la corriente de la conciencia y todo eso, se debe más a Faulkner. Manuel Rojas, que fue precursor, también era faulkneriano. Un día le dije a Rulfo que a mí me parecía que él venía mucho de Faulkner, pero que, sin embargo, él decía que no, él decía que no había leído a Faulkner cuando escribió *Pedro Páramo*. Yo le dije: "a mí me parece que es una novela faulkneriana". Y me dijo: "Sí, yo tengo que decir que no había leído a Faulkner porque lo dije en una entrevista antes, entonces tengo que mantenerlo" (risas). Pero lo había leído (risas).

Ahí salió la veta del mentiroso...

Claro.

(Extracto de la entrevista concedida por Poli Délano al programa radial *Barco de Papel*).

Al Pie de la Letra

LA AMÉRICA MISTRALIANA

Cuando hablamos del americanismo en Gabriela Mistral, no se trata solamente de una mirada geográfica, sino de un gran sentido de unidad de pueblo a pueblo; es decir, en ella también va consigo el pensar y accionar de don Simón Bolívar, a quien se refirió como al “visionario primero”. A través de Bolívar se acerca a ese espíritu americanista que va a estar también muy bien representado por otros libertadores, como los llamó Neruda en el Canto General. Y Gabriela Mistral habla de estos libertadores. Uno de ellos es Martí y, el otro, más cercano a Mistral, Augusto César Sandino, en Nicaragua. Ella fue una gran lectora de Martí. No lo conoció, por cierto, pero visitó varias veces Cuba. Le interesó mucho Cuba y cada vez que estaba ahí pensaba en Martí y dio conferencias sobre él, leyendo toda su obra poética y sus artículos. Se hizo martiana... “el personaje más grande en mi obra”, dice, “el maestro más ostensible en mi escritura”, añade. Y es cierto, porque uno lee a Gabriela Mistral y después relea las obras de Martí y va a encontrar por ahí algún sendero, sobre todo en su ideario. Martí publica Nuestra América y ella siempre va a hablar de la América Nuestra, o de Nuestra América, siguiendo este pensar.

Y es a raíz de esto que vendrán también los sucesos de Centroamérica, fundamentalmente en Nicaragua, ya en el siglo XX: la invasión del imperialismo norteamericano a varios países, pero en especial a Nicaragua, en la época en que surge Sandino, muy joven todavía, y Gabriela Mistral apoya su causa, le importa mucho esa labor. “El héroe legítimo”, decía ella, “como tal vez no me toque ver otro”. Y respalda la causa sandinista, de alguna manera defendiendo la autonomía de nuestros pueblos, la no intervención de otro país en los asuntos internos de un pueblo determinado en América. Entonces, esos principios, que son hoy día el cartabón principal, por ejemplo, de las Naciones Unidas, le importaban mucho a Gabriela Mistral por aquellos años, hacia 1928 y 1930. Se encuentra en Estados Unidos, en el corazón mismo del monstruo, y se entera de estos sucesos y escribe desde Nueva York estos artículos realmente notables, apoyando la causa sandinista, manteniendo, incluso, correspondencia con Augusto César Sandino, quien le está informando cómo va el proceso en Nicaragua. Y es el propio ejército sandinista de la época el que va a declarar a Gabriela Mistral benemérita en el campo del apoyo intelectual.

Jaime Quezada (Los Ángeles, 1942). Ganador del Premio Alerce de la Sech, en 1967, por *Las Palabras del Fabulador*.

Poética

CASA DE FAMILIA

Un día se incendió con ratas y recuerdos
se llevó con sus llamas arrastró con el humo
los días reunidos
aquella galería que el sol atravesaba sus muros de
madera
desayuno con padres y con gritos algún azucarero
derramado en la historia
el baño reventado por aquellas familias
que llegaron en hordas a vivir en el fondo
las viejas oficinas practicantes contables
academias de corte arquitectos novatos
Son cuartos y son nombres que crepitan ahora
como gatos en celo en el techo del medio
y los ruidos de arriba junto a los palomares
cuando se va de compras al pan de la mañana
Todo crepita y arde
La imagen se diluye sobre este celuloide
agrietada quebrada donde el rostro se une
a un cuerpo que resuena con un fragor de huesos
parecido a las ramas de un otoño en el cine
y al viento que empujaba las sombras a la calle
así el baño tapado destapado de pronto
arrastró ese escenario por el resumidero
Ya nada hermoso queda ni tampoco horroroso
camino hacia algún cielo o acaso a las cloacas
Adiós piezas del fondo adiós malditos días
Íntegra la materia se renovó en sus llamas.

Juan Cameron (Valparaíso, 1947). Ganador, entre otros, de los premios Municipal de Valparaíso, en 1996, y Altazor, en 2014.

Primer Lugar del Concurso Nicomedes Guzmán

NADAR A LA OTRA ORILLA (FRAGMENTO)

Aimé Liu despierta con el sol en la cara.
Abre los ojos y el resplandor la golpea. Se tapa el
rostro con las manos, abriendo de a poco los
párpados hasta que sus ojos rasgados se
acostumbran a la penumbra rojiza. Al exhalar, el
calor de su respiración queda atrapado un
momento en el diminuto espacio frente a la cuenca
de sus ojos. Saca las manos despacio y permanece
acostada mirando el cielo, extendido sobre su
cabeza como un enorme paño liso y uniforme, sin
nubes, sin pájaros, sólo una explanada
interminable color celeste.

Tiene la nuca y el cuello adoloridos por
dormir sobre la madera. Su cuerpo pequeño y
nervudo descansa cruzado arriba de un tablón.
Las piernas entumecidas aún cuelgan en el aire y
se asoman de la rodilla hacia abajo por fuera de la
borda, como redes extendidas hacia el mar.

Sus ojos somnolientos se deslizan de forma
lenta por los bordes pintados del bote y lo recorren
hasta la proa. Gira la cabeza y repite el gesto
hacia la popa. No se ven los árboles, ni los techos
de las casas. Afina el oído buscando el sonido
familiar de los autos y las gaviotas, pero no están
ahí. Tampoco hay niños, ni perros. En la caleta
siempre hay perros.

Hoy es domingo, piensa. El suave sonido
del agua chocando una y otra vez contra la
superficie del bote es lo único que existe además
del cielo.

Se le acercaron en la playa, cerca del
quiosco. Ella estaba tendida sobre una toalla, se
había sacado los zapatos y jugueteaba con la arena
húmeda entre los dedos de sus pies. En las manos
tenía una revista vieja y amarilla que había
encontrado olvidada en la casa y que ojeaba con
desgano. Hacía frío y se había dejado el chaleco
puesto. Un chaleco de lana gruesa color palo de
rosa y puntos cruzados, que su abuela china había
tejido con precisión en el curso de una sola tarde.

No tenía amigos en el pueblo. Sus padres
acababan de comprar una pequeña casa frente a la
playa y era el segundo fin de semana que pasaban
ahí. Pese a que habían ido de paseo varias veces
durante el último año, ninguno de los tres conocía
a nadie. Para sus padres esto no parecía ser una
causa de preocupación, pero Aimé Liu quería
hacerse amigos y rápido. El pueblo le gustaba,
aunque no había mucho que hacer. Se llevaba el
Ipod a la playa y escuchaba a los Strokes, leía
novelas de aventuras sentada frente a la chimenea
o trataba de escribir poesía en un pequeño
cuaderno de tapa floreada. A veces, cuando nadie
la miraba, intentaba copiar algunos caracteres
chinos que sacaba de internet. De vez en cuando se
los mostraba a la abuela en secreto, ella negaba o
asentía con su cabeza pequeña y arrugada, soltaba
los palillos y apuntaba con el dedo tembloroso,
señalando algún aspecto a corregir. Su padre jamás
se había interesado por el chino.

Cuando sus papás iban a la ferretería o al
almacén, Aimé se tomaba el pelo en un moño
apretado y salía a la terraza para fumar un cigarro
a escondidas, mirando el mar. Se sentaba sobre la
baranda y soltaba el humo despacio. Luego,
apagaba la colilla en la suela de sus zapatos y la
empujaba por entre las ranuras del piso de madera,
donde se perdía para siempre en la oscuridad bajo
la casa. Después iba al baño y se lavaba los
dientes y las manos. No estaba segura si le gustaba
más fumar o tener que hacerlo a escondidas. Se
llevaba bien con sus padres pero ese pedazo de
rebeldía le parecía delicioso. Además, estaba
segura de que ninguno de los dos sospechaba nada.
Por la tarde se daba una vuelta larga por la feria
artesanal o las tiendas de la calle Ross. Sus ojos
rasgados y atentos buscaban de forma incansable
algún chico o chica de su edad con cara amistosa.
Estaba segura de que debía haber alguno allá
afuera y quería que apareciera ya. Empezaba a
aburrirse y aún quedaban varios días por delante
antes de volver a Santiago. Le habría gustado
invitar a alguna amiga del colegio por el fin de
semana largo, pero su madre tenía mucho trabajo
con la casa nueva y le pidió que esperara unas
semanas a que todo estuviera en orden.

Carolina Brown Ahumada. La versión íntegra de
los cuentos premiados en el certamen estarán
disponibles en nuestro sitio www.sech.cl

Director: David Hevia

La invitación está extendida a todos quienes quieran
participar como corresponsales de Alerce en Simpson 7,
planteando ideas, comunicando noticias y enviando
textos al correo electrónico alerce@sech.cl

Página web: www.sech.cl

Encuétranos en Facebook y Twitter

